



NO ES LO
MISMO
ZORRO
QUE
ZORRA

UN ENSAYO
PARA PONER
EN CRISIS LOS
ESTEREOTIPOS DE
GÉNERO.

Emer O'Toole, Libros de Seda, 18,95 €.

Emmer O'Toole es profesora de teatro y escritora. Su doctorado en filosofía versa sobre la ética del teatro intercultural. Colabora con *The Guardian* y con diversos blogs dentro de *The Vagenda*.

Sumergiéndose en lo que significa «actuar como una chica», la autora emprende un viaje hilarante y estimulante por su peripecia vital a través de ideas brillantes, análisis académico y humor. Los estereotipos de género siguen profundamente arraigados en nuestra sociedad, pero Emer O'Toole se ha propuesto reescribir la realidad y cambiar las reglas de género, al tiempo que nos muestra cómo y por qué debemos participar.

Cuando crecemos y empezamos a consumir productos culturales, el patrón tampoco cambia. La novelista gráfica Alison Bechdel una vez publicó una tira cómica, titulada *The Rule*, que se hizo bastante famosa. En ella, dos mujeres están intentando decidir qué película verán en el cine, y una le dice a la otra que tiene una norma: solo ve películas en las que aparezcan dos personajes femeninos que hablen sobre algo que no sea un hombre. Esta norma se ha convertido en el *test de Bechdel*. Según la web *bechdeltest.com*, solo un 54% de las películas supera esta prueba feminista tan ridículamente fácil, y muchas lo logran de manera algo dudosa, porque las mujeres hablan entre sí muy brevemente, sobre niños, bodas u otros asuntos que también son estereotipos femeninos.

Y no es que el problema se extienda solo a la televisión y al cine. Si son aficionadas a la lectura, como yo, habrán aprendido a una edad temprana que la literatura sería es, sobre todo, terreno masculino. Leer los clásicos significa llenarse la cabeza de voces: voces masculinas que han creado personajes femeninos. Y los personajes femeninos se convierten en una parte de la lectora y de su manera de interpretar la femineidad. Hay excepciones, claro; George Eliot resultó no ser un George en absoluto y, por supuesto, están Austen y las Brontë, pero el grueso de la literatura canónica está escrito por hombres blancos.

El escritor keniano Ngũgĩ Wa Thiong'o habla acerca de su experiencia al crecer en la África colonial con una educación europea. Cuando pensamos en el colonialismo europeo, tendemos a imaginar a los europeos colonizando las tierras y los recursos de África, arrebatándoles cosas materiales. Pero Wa Thiong'o explica cómo la educación europea colonizó su mente: en las obras «civilizadas» y «superiores» de literatura y filosofía europea que estudiaba en el colegio y en la universidad, se encontraba constantemente con retratos de los africanos como

inhumanos y salvajes. Interiorizó estos retratos: su visión del mundo se fundamentaba en la aceptación tácita de su propia inferioridad. Puede que África ganara la independencia, pero, para Wa Thiong'o, la descolonización de las mentes africanas es una lucha constante.¹⁹

Las mentes de las mujeres también están colonizadas. En una grandísima porción de los productos culturales que consumimos en las aulas y en casa, desde Shakespeare hasta *Spider-man*, las mujeres son decorativas y domésticas: las teloneras, pero raramente el personaje principal.

Aunque mis padres y mis profesores me decían que los niños y las niñas son iguales, la vida me había enseñado otra cosa: que los niños son los protagonistas (las locomotoras Thomas), y que las niñas son las secundarias (las Anies y las Clarabels).

LAS MENTES DE LAS MUJERES TAMBIÉN ESTÁN COLONIZADAS. EN UNA GRANDÍSIMA PORCIÓN DE LOS PRODUCTOS CULTURALES QUE CONSUMIMOS EN LAS AULAS Y EN CASA, DESDE SHAKESPEARE HASTA SPIDER-MAN, LAS MUJERES SON DECORATIVAS Y DOMÉSTICAS: LAS TELONERAS, PERO RARAMENTE EL PERSONAJE PRINCIPAL.

La diferencia entre el valor que se otorgaba a los chicos y a las chicas había calado en mi visión del mundo; y como los estudios acerca de niños, géneros y televisión mencionados sugieren, cuando era pequeña no tenía las facultades necesarias para analizar los puntos de vista discriminatorios que estaba

19. Wa Thiong'o, Ngũgĩ. *Descolonizar la mente: La política lingüística de la literatura africana*. Marta Sofía López (trad.). Debolsillo, 2015. ISBN: 978-84-906-26535.

consumiendo. Así pues, ¿hay algo más natural, cuando se es chica, que buscar inconscientemente la aceptación de los hombres, pronunciando los diálogos e interpretando lo que nos han enseñado que les gustará?

*Cuando oigo un silbido de aprecio,
que saluda a mi bikini junto al mar,
me vuelvo, frunzo el ceño y me enfado
¡pero me alegra saber que el silbido iba por mí!*

Yo no podía convertirme en chico y, al contrario que Jorge de Enid Blyton, tampoco lo hubiera querido. Así que el premio de consolación era agrandar a los chicos. Y para ello, necesitaba ser considerada atractiva. O sea, no iba a impresionar a los hombres con mis conocimientos acerca del ciclo vital del gusano del hígado (en latín *Fasciola hepatica*), ¿a que no? Ni con el «juego» que me había inventado para encontrar otras maneras de resol-

DE REPENTE, EL INTERÉS QUE LOS DESCONOCIDOS MOSTRABAN POR MI INTERPRETACIÓN DE LA FEMINIDAD, INCLUÍA UN ELEMENTO DE VERGÜENZA (ME METERÍA EN PROBLEMAS SI ME VESTÍA PARA FOMENTAR LA ATRACCIÓN SEXUAL) Y, POR SUPUESTO, OTRO DE EMOCIÓN PORQUE, ¿ACASO ESTE NUEVO TIPO DE ATENCIÓN NO ERA EL MAYOR ELOGIO Y EL MEJOR PIROPO?

ver teoremas que no estaban en el libro de matemáticas. Jamás había visto a un chico volverse loco cuando copiaba mis deberes de geografía, o cuando contemplaba mis diagramas meticulosamente dibujados sobre la formación de los farallones marítimos, paso a paso. Incluso mis actividades extraescolares, en el coro del colegio y el grupo de teatro musical, que deberían haber sido al menos algo atractivas, solo parecían añadir más pátina a mi aura de empollona. Siempre había pensado que amar la lectura era un defecto genético inconveniente. Era el Pitufito Filósofo de la clase, aunque me moría por ser cualquier otro pitufito, seguramente me habría tocado ser Pitufina, la única fémina de la aldea.

Así que, obviamente, no iba a atraer la atención masculina en el colegio. No vestía los pantalones deportivos adecuados, y ponía demasiada emoción en la voz cuando la profesora de literatura me pedía que leyera poesía. Concentré mis energías en chicos de otros colegios, que no tenían manera de saber que disfrutaba con los ejercicios de traducción en clase de francés.

Adquirí casacas militares y discos de *Nine Inch Nails* para engañar a aquellos que no sabían de mi irremisible falta de estilo y así lograr que me consideraran «alternativa». Mis faldas se acortaron, mis camisetas se ajustaron, mi pelo se aclaró, mis extremidades adelgazaron y mi rostro ganó una capa de pintura.

Como la mayor parte de mi aprendizaje social para llegar a ser una mujer se había centrado en la apariencia, el paso de «guapa» a «sexí» era lógico. Y puesto que me había acostumbrado a recibir atención positiva basada en mi apariencia, no resulta muy sorprendente que continuara deseando el mismo tipo de atención. Pero algo había cambiado.

En 2012, fui a ver a la humorista de origen iraní Shappi Khorsandi en el Teatro Soho de Londres, y esta describió (en una comedia que casi resultaba demasiado dolorosa de presenciar pero que, a la vez, me hizo reír hasta que me dolía todo) el cambio que se produjo en su relación con los amigos masculinos de su padre al llegar a la adolescencia. Los amigos pasaron de tomarla de la barbilla, subírsela a los hombros y agarrarla por las piernas para jugar a hacerla girar, a abrazarla temerosamente durante un nanosegundo antes de apartarse y mirar a cualquier otro sitio (¿dónde fuera!) excepto a su piel adolescente, repentinamente sexual y aterradora.

Al contrario que Khorsandi, yo no puedo decir que notara que los amigos de mis padres me «sexualizaran» a aquella edad. Pero lo que sí recuerdo (y quizás esto se debe a la diferencia entre crecer en el Reino Unido, como Khorsandi, y crecer en la Irlanda católica como yo) es que los adultos empezaron a reprobar la atención física que recibía. Pasé de tener permiso para ponerme lo que me viniera en gana (pantalones cortísimos, camisetas que dejaban la barriga al aire), a ser sutilmente monitorizada. Recuerdo que unas vacaciones, cuando tenía catorce años, bajé al vestíbulo del hotel vestida con unos calcetines de deporte de un amigo de mi hermano, que me llegaban hasta la rodilla, y una minifalda (mi amiga Leah y yo habíamos decidido que esta combinación era espectacular), y mis padres enfurecieron.

Haciendo memoria, estoy casi segura de que vieron a hombres adultos observándome. Mi madre intentó disimular con explicaciones sobre por qué tenía que ir a cambiarme: dijo que era ridículo ponerse calcetines de deporte si no íbamos a hacer deporte, y argumentó que no le gustaba la falda que me había prestado mi amiga para las vacaciones. Pero me habían permitido ponerme esa misma falda otras veces, con unas sandalias a juego. No me lo creía.

Algo parecido ocurrió unos meses más tarde, cuando, visitando a unos parientes en Gales, quería ponerme unas medias con dibujos de animales y una minifalda negra para asistir a la misa de Pascua. Mi madre se enfadó y me obligó a cambiarme. De nuevo, me pareció extraño. El año anterior me habían permitido ponerme aquellas mismas prendas para ir a misa en Irlanda.

El problema no era la ropa (aunque debo admitir que los calcetines de deporte cuando una no va a practicar deporte resultan algo extraños). El problema era que la atención que estaba recibiendo entonces contenía un elemento sexual. De repente, el interés que los desconocidos mostraban por mi interpretación de la feminidad incluía un elemento de vergüenza (me metería en problemas si me vestía para fomentar la atracción sexual) y, por supuesto, otro de emoción: porque, ¿acaso este nuevo tipo de atención no era el mayor elogio y el mejor piropo?

Las alabanzas a mi apariencia habían sido algo natural desde que era pequeña. Entonces, siempre habían sido algo positivo. La ropa y el maquillaje habían formado parte de los juegos de mi infancia, y del ensayo de feminidad de mi adolescencia temprana; y ahora que ya era casi una mujer, una parte significativa de mi energía se concentraba en mi apariencia. Las revistas para adolescentes daban consejos para atraer a los hombres, mientras los libros, la televisión, el cine y otros productos culturales reforzaban sutilmente la idea de la superioridad masculina, que se confirmaba en la estructura separada por sexos del mundo que me rodeaba. Desde luego, la atención masculina debía de ser algo bueno. Me estaba ganando las miradas, los comentarios y los silbidos. No me volvía, ni fruncía el ceño ni me enfadaba en absoluto. ¡Me encantaba! Toda mi vida (juguetes, dibujos animados, películas, libros, amistades) me habían condicionado para que me encantara. ¿Cómo podía no disfrutar?

*Soy una chica femenina de verdad,
y espero que mi futuro esté
en el hogar de un hombre valiente y libre
al que le encante ser un chico con una chica... como... yo.*

Volvamos al auditorio de la Santa Madre de la Misericordia, en 1994, donde una tropa de «minirlandesas» expertamente coreografiadas pero pobremente coordinadas, dan vueltas por el escenario, vociferando con entusiasmo su devoción hacia las trampas de la feminidad. El auditorio las contempla, considerando que la actuación es algo inocente, sin ver la correlación entre los estereotipos de feminidad que estas niñas han aprendido a representar irónicamente y los roles sociales que se esperarán de ellas en el futuro. El machismo de la representación es una broma inofensiva.

El mundo es un escenario. Las niñas han aprendido sus diálogos tal como se los han enseñado; sus acciones han sido coreografiadas y dirigidas por adultos, y representar su papel les hará ganar los aplausos del público. Son demasiado jóvenes para reconocer los problemáticos valores de las canciones que les han dicho que canten. Para cuando se conviertan en mujeres jóvenes, esta canción, esta rutina, se habrá convertido en algo natural (como la habilidad para contar, leer o comunicarse). Han terminado los ensayos, ¡que empiece el espectáculo! ■

